

ARTÍCULO ESPECIAL

Gac Med Bilbao. 2018;115(1):17-19



Un patrón generoso y poderoso

A generous and powerful patron

Patroi eskuzabal eta boteretsua

Como él mismo decía, uno de los modelos, personales y profesionales, con los que José Guimón se identificó en su trayectoria fue Julián de Ajuriaguerra. También lo fueron, como ya saben quienes le han conocido, don Pío Baroja y además, como no, su propio padre. A los dos primeros les dedicó muchos textos y los citó tanto en las grandes ocasiones como en las cotidianas. Hoy sabemos que su prematura e inesperada muerte le impidió terminar el trabajo al que se estaba dedicando con su tesón y entusiasmo habituales y, seguramente en este caso, con especial implicación afectiva. Llevaba tiempo recopilando documentación biográfica sobre su padre y ha encomendado a sus cercanos, como último legado, el completar esa tarea que seguro que fue una de las que más, quizás la que más, hubiera deseado culminar.

“Patrón”, término que se asocia en nuestro medio cultural a la empresa o al mundo naval, terrenos ambos que interesaban mucho a José, era la expresión por excelencia con la que se dirigían a Ajuriaguerra sus colaboradores¹. También nosotros dos, cuando durante sus años finales, viajábamos juntos, José y yo, a visitarle en su casa Hegoa en Villefranche. Había sido el maestro de referencia para varias generaciones de psiquiatras que viajamos a Ginebra en busca de su magisterio y que luego, ya en sus últimos años profesionales y tras su jubilación, re-

gresó de la mano de José Guimón, para participar generosamente, en las tareas de reforma y modernización psiquiátrica aún pendientes entre nosotros.

Cuando los tiempos, entonces modernos, empezaban a llevar a la psiquiatría hacia otras vías con vertientes más científicas pero menos humanas, José insistía en hacerle venir a nuestra universidad para dictar cursos de doctorado iconoclastas (¿de asistencia libre para todo el que quisiera asistir y participar en el diálogo posterior!). Baste citar el título y resaltar la influencia de algunos de ellos²: “El abrazo, el beso y la ternura”; “Las posturas del amamantamiento”; “La piel como primera relación: del tacto a las caricias”.

Entre los agradecimientos que le debo, a José, está el encargo de traducirlos (los había dictado previamente en el Collège de France, en París) y, sobre todo, el proponer a Ajuriaguerra que dirigiera mi tesis doctoral, que nunca habría hecho sin la insistencia de José en que iniciara con ello mi posterior carrera universitaria, algo que también forma parte de mi deuda impagable con él.

Cuando Ajuriaguerra comenzó a presentar síntomas de su padecimiento final, la enfermedad de Alzheimer que —ironías de la vida que son también las de la muerte— él, uno de los primeros exploradores modernos del cerebro, conocía tan bien o mejor que nadie,

1 De entre los diferentes acepciones que María Moliner señala para “patrón”, la que más se ajusta al sentido que tiene en este texto es: “con respecto a una persona, otra con poder o autoridad que la ayuda, protege, defiende o la tiene a su cargo”. Sentido que se aleja del de otras de sus acepciones: “santo titular de una iglesia o de una cofradía”; “respecto de un esclavo, amo o señor”.

2 Escribí un relato más documentado sobre la influencia de Ajuriaguerra en un texto impulsado y publicado por J.M Aguirre y J. Guimón: Vida y obra de Julián de Ajuriaguerra, (Cap. 5: Julián de Ajuriaguerra en la Psiquiatría Infantil pp. 91-99) ELA-ARAN Eds. Madrid, 1992.

también entonces, cuando los intereses profesionales ya no contaban, seguimos compartiendo visitas que creo poder decir —venciendo cierto pudor afectivo, que también compartíamos sin comentarlo— tenían más de cariño y devoción filial que de cualquier otra cosa.

Creo sin duda —y de ahí el título de este texto— que a José le hubiera encantado —y tenía todos los méritos posibles para ello— ser reconocido como el gran patrón de la psiquiatría vasca contemporánea. Muchos pensamos que así fue, aunque las sensibles reacciones que su figura —joven, emprendedor y brillante— despertaba, suscitara también las siempre inevitables envidias y resentimientos que, a la hora de su pérdida y de los homenajes públicos, sus protagonistas tienden a enterrar en el olvido.

Como puede deducirse, estas reflexiones giran en torno a sentimientos de filiación. No en vano emuló a Ajuriaguerra, consiguiendo ser elegido para la dirección de la cátedra de Psiquiatría y de los servicios de Salud Mental de Ginebra y puso su empeño en superarle en aquello en que el también bilbaíno Julián de Ajuriaguerra —pese a la ilusión y presión de su activo e influyente hermano Juan— no pudo hacer: desarrollar la organización de la psiquiatría de nuestro país en nuestro país.

No me atrevo a afirmar, él siempre fue muy discreto, al menos conmigo, en este tema, lo que intuyo que supuso como modelo humano y profesional la figura de su padre. Pero sí recuerdo su emoción agradecida, cuando le conté que algunos de sus compañeros de cárcel, también perdedores de la Guerra Civil —entre los que también estuvo Juan de Ajuriaguerra— relataban con admiración: que se hizo muy famoso entre ellos, por ser capaz de hacer hervir un cacillo de agua, para cocer un váyase a saber que, con la llama de una hoja de periódico que sólo él sabía apretar y hacer arder durante largo tiempo. Creo que, realista o idealizado, para José este relato suponía un ejemplo de determinación y pragmatismo muy acorde con las raíces de su identidad. Por eso he resaltado al inicio de estas líneas que, a la hora de transmitir sus últimas voluntades, sabiendo ya que él no podría hacerlo, insistió en que la obra y figura de su padre quedara escrita.

José Guimón se sentía también admirador y un poco hijo espiritual de Pío Baroja. No en vano citó repetidamente su relato (en “Las inquietudes de Shanti de Andía”), de la nostalgia de otro patrón, el marino Juan de Aviraneta, cuando se alegraba, —a la vez se lamentaba “y sin embargo...”— de que sus hijos no hubieran continuado su oficio. También su hijo, Pablo Guimón, lo recordaba en el emotivo y admirable obituario que dedicó a su padre, que finalizó hablando de su esperanza de que las nuevas generaciones de la familia reanudarán

uno de sus hilos de filiación, la saga médica. Desconozco, aunque quiero pensar que así será, si también habrá entre ellos quien continúe la saga de navegantes abiertos al mundo. De momento, el propio Pablo ya ejerce de corresponsal de El País en Londres.

Era Baroja, como también quiso ser José, un vasco recalcitrante³, contento de serlo sin por ello renunciar a sentirse ciudadano del mundo. Recordaré que fue uno de los escasos personajes públicos que manifestó su sentimiento de haber reaccionado tarde y con cobardía ante los terribles y letales sucesos que convulsionaron nuestro país durante demasiados años.

Gran parte de su enorme tarea profesional tuvo que ver con su alma viajera y su extraordinario olfato para detectar, allí donde estaban, en activa búsqueda ecléctica⁴, los conocimientos y las novedades que iban a ser determinantes en el futuro de nuestro oficio y que, como un naviero curioso y ávido de conocer el mundo, se apresuraba a importarnos rápidamente, a la vez que tejía una red de contactos internacionales con un talento para las relaciones profesionales que contrastaba con su propia declaración de sentirse un gran tímido y —por sorprendente que parezca, son sus palabras— un “fóbico social”. Según él, nadie entendía que el ser “demasiado alto” —quizás quería decir el ser visto aunque quieras pasar desapercibido— pudiera conllevar inconvenientes, entre otros el acentuar su tendencia a la timidez. Insisto en que era él el que lo decía y lo hago porque los demás, al menos los que le mirábamos desde nuestra inferior cota, no lo percibíamos. Muchas de las personas que le conocieron recuerdan que su presencia les producía respeto, distancia y contención afectiva.

Independientemente de que él tuviera razón en su autoanálisis de sentirse incómodo e inseguro desde su altura, en las distancias cortas, lo que yo puedo decir es que, por el contrario, destacaba y mucho en las distancias panorámicas, en las que disponía de una prodigiosa vista de águila.

Siempre nos adelantó a todos en la percepción de por dónde iban a ir las cosas en la profesión y fue siempre muy generoso en ponernos al corriente de sus intuiciones. Fui testigo de su capacidad para percibir, inmediatamente, cuáles iban a ser las consecuencias, institucionales y profesionales, de varias reuniones internacionales. Podía anticiparlas porque, cuando los demás todavía estábamos sentándonos, él ya había echado su vistazo de águila sobre todos los asistentes. Y para cuando, de vuelta en el aeropuerto, esperábamos las maletas, ya tenía pensadas las cartas que iba a redactar al día siguiente y a quienes tenían que ir dirigidas. Fueron muchas las veces que comentamos la acertada expresión de Otto Kernberg acerca de la importancia,

3 Otra vez recurro a María Moliner para precisar el origen de la palabra, que viene de recalcar: “acentuar cada sílaba de una cosa que se dice, insistir en ella para que no pase inadvertida y sea comprendida”... “dar un paso hacia atrás preparándose a resistir a algo”.

4 Pese a que los eclécticos no suelen ser justamente valorados en el mundo de los saberes, sobre todo en épocas de puritanismos diversos, conviene recordar que en su origen se denominaban así los filósofos que viajaban por el mundo recorriendo los centros del saber en busca de un conocimiento contrastado y equilibrado (“eklegos” significa escoger).

para mantener un liderazgo institucional, de poseer el don de “una sana paranoia anticipadora”.

En sus últimos años, a su vuelta de Ginebra, la psiquiatría académica se había centrado en las exigencias de la denominada “evidencia científica” —que él conocía muy bien— y disfrutaba para ello del generoso mecenazgo de la poderosa industria farmacéutica. Resulta llamativo que él no llegara a disfrutar de sus prebendas. Aunque pudiera pensarse que, tras la década que pasó en Suiza, a su vuelta “perdió ese tren”, yo creo que prefirió no montarse en ese viaje. Era demasiado conocedor de dónde estaban los poderes fácticos influyentes en su oficio —y muy hábil para generar relaciones mutuamente beneficiosas con ellos— como para imaginar que hubiera aceptado pasivamente quedar excluido de tan suculentas “sinergias” comerciales. Creo más bien que optó por no participar, como tan activamente hicieron otros, en un estado de cosas que no aprobaba.

Presupongo que serán numerosas las personas que pueden contar haber disfrutado de su generosidad cuando, aprovechando encuentros científicos, los complementaba organizando, en su casa, animados y festivos encuentros poblados por profesionales de muy variadas ideas y procedencias. Siempre me asombró su capacidad para captar, entre canciones y risas, infinidad de detalles, matices relacionales... y de registrar la información camuflada en cualquier comentario “intrasendente”. Es sabido que era un experto en observar el funcionamiento de los grupos, pero creo que su arte estaba más en su olfato personal que en sus excelentes conocimientos profesionales. Además, siempre supo que su reconocido poder condicionaba ciertos acercamientos interesados y retorcidos y quizás esto le dificultó a veces la apreciación justa del matiz desinteresado de otros acercamientos motivados solamente por la amistad.

Seguramente —es lo que tiene el ejercicio del poder— su tarea profesional, incesante, se asemejaba al oficio del gran maestro del ajedrez que juega partidas simultáneas en múltiples tableros. Siempre hay una particular situación para el jugador individual que, centrado en hacer un buen papel en la partida que transcurre en su tablero, espera que, en su ronda, el gran maestro se la tome en serio.

Pero puede ocurrir y ocurre que —modesto adversario— en su breve turno descubra que el sabio maestro ya ha optado por centrarse en otras partidas y por desear rápidamente la suya, y pase de largo cuando llevaba tiempo pensando retener su interés con una jugada que creía admirable. Es imposible que esta desatención deje de resultar dolorosa para el uno y necesaria para el otro. Este desajuste, fácil de comprender pero difícil de aceptar, deja al jugador que solo alcanza a pensar en lo suyo, frustrado y —dependiendo de sus esperanzas ilusiones— quizás también con sentimientos de desamparo y hasta de menosprecio. Pero del otro lado, es también destino del patrón que, siempre deseoso de un agradecimiento que reconozca su esfuerzo, debe continuar su tarea también cuando, justo o injusto, encuentra lo contrario.

Ser generoso cuando se es poderoso es una tarea muy complicada que implica saber discernir en lo que se concede o se niega a muchos colaboradores y también saber hacerlo descifrando quién se acerca y se distancia y por qué lo hace. Es un difícil arte que a José se le exigió a diario, desde sus jóvenes inicios en su larga y dilatada carrera y que —para quien esto escribe conociendo las críticas privadas de quienes medían a veces errores pequeños con cóleras gigantescas— desarrolló con talento lo mejor que pudo o que es posible. Es el momento de decirlo ahora, cuando algunas alabanzas hagiográficas no dejan ver las dificultades humanas necesarias e inevitables en una tarea enorme que no puede realizarse sin esfuerzo, sin cansancio y sin fallos. “Uno sabe cuándo las cosas le han salido bien o mal; es normal, pero lo difícil es reconocerlo” fue una de sus frases que le oí repetir de cuando en cuando.

Todo gran hombre, y José Guimón lo fue, tiene también derecho al agotamiento, a la duda y al desacierto. Fue Kant quien dijo que la grandeza del hombre se mide por la cantidad de incertidumbres que es capaz de soportar. José trató —al menos en su terreno profesional, el que yo he tenido el privilegio de conocer de cerca— de afrontarlas casi todas.

En este terreno profesional proporcionó a muchos la suerte de vivir bajo la protección de un gran árbol con el cobijo que su gran sombra proporcionaba. No era fácil dejarla para hacer un camino propio. Algunos lo hicieron con dolor o con dificultad. No es mi caso; lo tuve más fácil porque me protegía otra sombra más pequeña. La mía, la de la psiquiatría de niños y adolescentes, fue un territorio menor del que no salí nunca. Con otras palabras: José me hizo un sitio específico, en el programa docente de la cátedra de Psiquiatría, que siempre respetó y que siempre mantuvimos en sus límites fundacionales.

Así que creo poder aproximarme, parafraseándole, a lo que Ajuriaguerra dijo de Henri Wallon: “Aunque no tuve nunca la suerte de ser su discípulo, siempre le consideré uno de mis maestros”.

Nuestra psiquiatría, barco que sigue navegando, ha perdido a su sabio y veterano patrón. Y yo, como otros muchos, he perdido un amigo con el que siempre sentí un respeto compartido: porque aceptó que le dijera, siempre que me atreví a hacerlo, lo que pensaba de él. Y a la hora de echarle de menos me pregunto si no perdimos, los dos, la ocasión o el valor de decirnos muchas más cosas.

En este texto dedicado a recordarle he contado algunas. Más de treinta años de actividad y amistad compartidas contienen muchas más. Quedarán en mi memoria, que me obliga a guardar las confidencias compartidas. En esta hora de los merecidos homenajes públicos, respetar con fidelidad la discreción acordada con un verdadero amigo exige un ejercicio de contención y prudencia. No hacerlo, en esta hora de despedida triste y definitiva, hubiera sido una traición imperdonable.